

municara. Padres fuertes y generosos; madres enérgicas y fecundas; el gran número de hijos; el respeto á la autoridad paterna que se conservaba en el vigor de la edad, y aun en la misma honrosa vejez; el culto al deber, al cual se sacrificaba todo; la pureza y alegría del hogar doméstico; todas estas cosas santas y amables, que el cristianismo había traído, que han desaparecido, y que, ¡ay! nos faltan desgraciadamente hoy día, las encontramos en Borgoña y en Saboya en cuantas familias hemos conocido en esta historia, exceptuando una sola, la de Brechard; pero esta era una familia contaminada por el protestantismo. Y sin embargo, es menester decir que la señora de Brechard era una mujer de eminente virtud, y que murió en la flor de su edad, después de haber dado diez hijos á su esposo.

Volvamos á la infancia de la señorita de Blonay, que fué bastante notable. Desde la edad de cuatro á cinco años, se advirtieron en María Amada esa agudeza de ingenio, esa perspicacia, esa inclinación á las ideas elevadas, de que acabamos de hablar. Su primera curiosidad fué saber qué cosa es alma, y de dónde procedía esta potencia que raciocinaba encerrada en su cuerpo, sobre lo cual hizo mil investigaciones. Un día se hablaba en su presencia de las enfermedades del cuerpo, y preguntó si el alma tenía las suyas, y cuál era su médico; preguntas admirables, de que su madre se aprovechaba para explicarle el pecado, la penitencia, la confesión, cosas austeras que espantan á los niños, pero á las cuales no tenía miedo esta querida niña, porque quería vivir con la vida del alma. Otro día que estaba con una fuerte jaqueca, diciéndola que era menester ofrecer á Dios este mal, preguntó «si los males del cuerpo eran buenos para el alma». Y habiendo sabido que el espíritu no se desarrolla nunca sino con detrimento de los goces del cuerpo, deseó mucho sufrir, para aumentar en su alma la vida del espíritu.

San Francisco de Sales, que amaba mucho á la familia de Blonay, y que en cierta época, y sobre todo cuando evangelizaba el Chablais, había vivido largo tiempo en su castillo, fué como el primer maestro de María Amada. Tenía esta niña un placer inexplicable en verle, y muchas veces se la encontraba escondida detrás de una cortina, para tener el gusto de contemplar al Santo sin testigos. Por su parte San Francisco de Sales gustaba de enseñarle oraciones y cánticos espirituales, de responder á sus preguntas, y de oirla resolver los pequeños problemas que la proponía, y que, en efecto, resolvía con la prontitud de su talento vivo y penetrante.

A los diez años la colocaron como educanda en el monasterio de Santa Catalina, antigua Abadía de Religiosas de la Orden del Cister, á media legua de Annecy. Allí fué donde á los tres años de la vida dulce y piadosa que pasan las niñas en los conventos, tuvo los primeros presentimientos de su futura vocación. Una noche, vispera de Navidad, en el año 1606, hacía oración al pie de una imagen de la Santísima Virgen, y como á menudo le sucedía, su imagen viva é ingeniosa se extravió, pensando alegremente en la figura que harían los pastores alrededor del pesebre, en su postura, y en sus arengas y términos; se había pasado una hora sin hacer nada, y trataba de reparar el tiempo perdido, cuando de repente un rayo de luz iluminó su alma. Una voz semejante á un pequeño soplo se deslizó en su oído y la hizo oír estas palabras: «Hija mía, mira á mi Hijo, que viene buscando una esposa, ofrécete á serlo, y te aceptará.» En el momento, cayendo de rodillas, hizo voto de consagrarse á Dios.

La noche siguiente tuvo un sueño que la hizo reflexionar mucho. Se creía en el castillo de su padre; su madre, vestida de blanco, después de haberla peinado largo rato, rodeó sus cabellos alrededor de su brazo y

cogió unas tijeras para cortarlos, y como no quisiese y procurase soltarse de las manos de su buena madre, ésta la dijo dulcemente: «Déjame, hija, déjame cortártelos, porque así has de estar peinada hasta el día de tu boda.»

Dos años después, exactamente, San Francisco de Sales debía predicar en Annecy el día de Navidad, y la señora de Charmoisy, que era hija espiritual del Santo, para cuya dirección compuso éste la *Introducción á la vida devota*, convidó á la señora Abadesa de Santa Catalina á que viniese á oírle. Aceptó esta señora, y llevó consigo á cuatro religiosas y cuatro pensionistas, de las cuales era una María Amada, que después del sermón pudo tener una larga é importante conversación con San Francisco de Sales.

Esta conversación que contaba después María Amada del modo más agradable, se efectuó en una sala que estaba contigua á la capilla; en ella se pasaron San Francisco de Sales y María Amada más de una hora hablando de Dios. El Santo hacía que le diera cuenta del modo con que hacía su oración, y la hacía notar los ardidés que el demonio empezaba á usar contra ella y la enseñaba á combatirle. Durante este santo y amable diálogo, María se sentía llena de la presencia de Dios y de sus santos ángeles. El Santo Obispo, viéndola muy conmovida, la preguntó sobre ello y contestó sencillamente que le parecía encontrarse en medio de los espíritus angélicos. «No lo dudéis, hija mía—la dijo el Santo,—Dios y los ángeles están aquí regocijándose de las buenas resoluciones que tomamos los dos y confirmandonos en ellas. Es preciso sepáis que Dios me ha dado dos ángeles para ayudarme: el de Francisco de Sales me asiste particularmente cuando se trata de la corrección, enmienda, bien y progreso de mi alma, y el del Obispo de Ginebra me ayuda cuando trabajo por el bien de las almas que me están encomendadas, y en

este instante, hija mía, siento perfectamente que los dos me asisten, porque trabajando por vuestro bien, trabajo también por el mío propio.»

La señorita de Blonay no había venido sino para oír predicar á San Francisco de Sales, y lo más que se había prometido era pedirle algunos consejos; pero á medida que la conversación se alargaba, su corazón se dilataba y se sentía atraída á mayor confianza, como sucedía á cuantas personas hablaban con este Santo Obispo. Poco á poco todos los secretos que tenía escondidos en su corazón se volaron y descansaron en el de San Francisco de Sales. Le contó sus deseos de ser religiosa, los atractivos de su juventud, su voto de virginidad, la visión misteriosa que había tenido al otro día, y su proyecto de entrar lo más pronto posible en el convento de las religiosas Claras de Evian.

San Francisco de Sales había escuchado todo esto con el más profundo recogimiento, y levantando después los ojos al cielo. «Y bien, hija mía—le dijo con aquel acento de dulce autoridad á que ninguno podía resistirse,—vos me habéis descubierto vuestros secretos y yo quiero confiaros el mío. Hace ya mucho tiempo que os he visto en el espejo de la Providencia divina, destinada á formar parte de una Congregación que espero será para gloria suya; pero no he querido deciros nada, porque he debido este respeto al celestial Esposo, que desea hablar por sí mismo á vuestro corazón. Únicamente os pido ahora la humildad y perseverancia, y que confiéis en mí respecto á vuestro designio, sin hablar de ello á ninguna otra persona.»

Tres años se pasaron antes que la señorita de Blonay pudiese seguir esta voz que para ella era la voz misma de Dios. Fué menester pleitear mucho tiempo y orar mucho para alcanzar el debido consentimiento, y no pudo reunirse con la señora de Chantal y con las señoritas Favre, de Brechard y de Chatel, sino á los